

# EL ESPÍRITU SANTO EN MI VIDA

GNA BEGOÑA FORNES



Quién de nosotros leyendo un libro, una revista, un artículo, no ha descubierto alguna vez una frase escondida entre líneas que te hace detenerte, pensar, sonreír...? Frase que subrayas con agradecimiento, que

aprendes de memoria, que compartes con tus amistades, que citas en tus escritos, pero sobre todo, que te construye, enriquece y hace mejor persona. Son frases que se quedan a vivir para siempre dentro de uno mismo y acompañan el resto de nuestro existir.

Pues bien, un día tuve yo la suerte de encontrarme con esta: “**Todo buen escritor nos plagia**”. ¡Qué bien dicho! Sí, todo buen escritor nos plagia, es decir que leyéndolo podemos “reconocernos” en sus palabras. Dicen que el mejor libro no es aquel que nosotros leemos sino el que nos lee a nosotros.

Y esto es lo que experimento cada vez que tomo la Biblia entre mis manos: me basta leer sus primeras líneas para poder reconocerme en ellas. Es más, estas primeras líneas son también para mí un **GÉNESIS** que me hace tomar conciencia de la acción del Espíritu Santo en mi vida.

“La tierra era caos, confusión y oscuridad. Y un viento de Dios aleteaba por encima del abismo” (Gn 1,1).

Todos conocemos por experiencia lo que es un CAOS. ¿Quién no se ha visto

alguna vez metido hasta el cuello en un atasco de tráfico *caótico*? ¿Quién, en medio de una conversación en la que todos hablan a la vez, no ha exclamado: “¡esto es un caos, aquí no hay quien se entienda!” ¿Quién no se ha vuelto loco intentado encontrar en el caos de una maraña de hojas una pequeña anotación de papel? Todas estas experiencias nos son familiares pero también, sin duda, hemos podido experimentar otro tipo de caos, *el interior*, el que ocurre no ya fuera sino dentro de nosotros mismos, caos que, como bien define la Biblia, no es otra cosa que confusión y oscuridad.

Pues bien, recuerdo que uno de esos días en que yo me encontraba precisamente así, llena de confusión y oscuridad, fui a visitar a Cristina Kaufmann a su ermita de Serrabassa. Nada más verme, casi sin todavía haber empezado a contarle, ella me intuyó y me dijo: “¿Quieres que vayamos primero de todo a rezar?” Yo asentí. De modo que las dos nos dirigimos al oratorio, y ella, con esa naturalidad tan limpia que le caracterizaba, comenzó a rezar en voz alta: “Espíritu Santo, Tú que aleteabas sobre el caos inicial de la tierra, ven y aletea ahora sobre el caos de Begoña”. Tras estas palabras hubo un prolongado y fecundo silencio... Fue entonces cuando lo comprendí: allí donde hay caos siempre hay “aleteo” del Espíritu.

¿Y qué hace el Espíritu en medio de este caos interior?

## El Espíritu me ordena.

El Espíritu establece **orden** en la caótica realidad de nuestros sentimientos, cuando no nos entendemos ni a nosotros mismos, cuando nos sentimos ser “legión”, una



muchedumbre confusa e inquieta, una extraña anarquía de tendencias contradictorias.

El Espíritu **pone luz**. Ordena y recoloca mis pensamientos al separarlos y darles nombre. Y al llamarlos por su propio nombre se desvanecen como un fantasma ante la luz.

El Espíritu **jerarquiza**. Me lleva a lo esencial, a la justa medida de las cosas: *“No puede ser que no sea noticia que muere de frío un anciano en situación de calle y que sólo sea la caída de dos puntos en la bolsa”*, nos dice el Papa Francisco en su reciente Exhortación Evangelii Gaudium. No puede ser que vea la paja en el ojo del vecino y no la viga que tengo en el mío. No puede ser que esté ocupada “deshojando” margaritas (me quiere, no me quiere...) mientras haya una lágrima que enjugar o una soledad que acompañar.

### **El Espíritu me unifica.**

Dice Julien Green que el mayor misterio del hombre es que está habitado por dos yos que se encuentran y luchan entre sí. Pues eso es precisamente lo mismo que pienso y descubro en mí misma.

Vivimos siempre en lucha de **“dos bandos”**. (“Separó Dios la luz de la tiniebla”)

Ante toda situación o acontecimiento siempre se nos abren dos posturas, dos caminos... la luz y la tiniebla, el bien y el mal..., a no ser que todavía no hayamos pasado del primer día del Génesis, sigamos en el caos y, en vez de dos, seamos legión.

El Espíritu unifica *querer* y *desear*. Porque no siempre lo que queremos desde la razón es llevado a la práctica por nuestro corazón. Y es que el espíritu está pronto, pero la carne es débil... *“Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí”* (Rm 7,19).

### **El Espíritu me sitúa en la realidad, me “encarna” en el aquí y ahora.**

La realidad es más importante que la idea. Cuentan que al profesor Hegel un alumno le interrumpió en su clase: *“Profesor, esto que usted explica no tiene nada que ver con la realidad”*, a lo que él contestó: *“Pues lo siento por la realidad”*. Nada más ajeno al Espíritu que la abstracción o la huida. Dios mismo se nos revela en el libro del Éxodo como aquel que “ha visto la aflicción de su pueblo, ha escuchado su clamor, conoce sus sufrimientos y baja a liberarle” (Cf. Ex 3,7-10).

La realidad tiene **rostros concretos**. El

Espíritu es éxtasis, pero no en el sentido de elevamiento, sino al contrario, de abajamiento y salida de sí.

“Ve a mis hermanos”... le dirá el Señor a María Magdalena tras verle Resucitado y querer “retenerle para sí”.

“El Señor está donde están los hermanos” le dirá Francisco a Rufino ante la tentación de retirarse a la soledad con Dios para evitar los conflictos fraternos<sup>1</sup>.

La realidad **queda transformada**.... Esta realidad a veces conflictiva y amarga no es “negada” sino que al más leve roce del Espíritu sobre ella se vuelve “dulce al paladar”. Hace unos meses tuve que enfrentarme a la pérdida de mi hermana en una edad todavía joven. Pérdida que hizo aflorar en mí sentimientos de impotencia, oscuridad e incluso “rabia” en un primer momento, pero que pude ver transformados en dulzura del alma al descubrir cómo el Espíritu transforma la ausencia en presencia y la muerte en vida.

### **El Espíritu gime “Abba”, Padre. Reproduce en nosotros la imagen de Jesús.**

A Miguel Ángel, el gran artista del Renacimiento le preguntaron una vez cómo creaba esculturas como la Piedad o el David. Explicó que simplemente ya las entreveía dentro de aquel bloque de mármol en bruto. Entonces con el cincel eliminaba el sobrante para dejar ver lo que siempre había estado allí. Así actúa el Espíritu en nosotros.

Una vez le oí decir a Gaspar Mora que el verdadero cristiano es aquel que, colocado a los pies de la cruz, mira a Jesús y le dice: “Es verdad, tienes razón”. Y es que al contemplarle así, dando vida, dando la vida, nos sentimos “atraídos” hacia un modo de vivir y amar que nos reconduce a nues-

tra verdad más honda, que nos devuelve nuestra imagen y semejanza original, que nos retorna del exilio mostrándonos el camino de regreso. Salimos de nuestros infiernos. Recobramos el gozo y la paz. Nos sentimos de nuevo HIJOS. Estamos y nos sabemos “¡EN CASA!”.

El Espíritu ordena, unifica, encarna y transforma, gime en nosotros Abba, Padre... pero el fruto del Espíritu aún es más... Si le preguntáis a la **liturgia** cómo reconocer al Espíritu, ella os contestará: habita, ora, consueta, cura, refresca, ablanda, suaviza, calienta, fortalece... embellece....

“Si el món ja és tan formós, Senyor, si es mira amb la pau vostra a dintre de l'ull nostre, què més ens podeu dar en una altra vida?”<sup>2</sup>

La vida eterna comienza ya aquí, dejándonos guiar por el Espíritu.



1. Cf. ÉLOI LECLERC, *Sabiduría de un pobre*, Capítulo VIII, *Si supiéramos adorar...*, Marova S.L. 1992.

2. JOAN MARAGALL, *Cant espiritual*.